

UN DÍA DE MIERDA

-¡...Putá puta PUTA ZORRA!!!

Comencé a descargar el auricular sobre el cajetín del teléfono con una fuerza que jamás hubiera imaginado tener. El plástico azul se resquebrajó y pedacitos aristados echaron a volar. No me detuve hasta que no me quedó en la mano nada sólido con lo que seguir golpeando.

Permanecí un minuto inclinada ante la cabina, jadeando y con las piernas dobladas, como en posición de evacuar. Y realmente sentía que el montón de mierda que se estaba acumulando en mi interior era considerable: acababa de llamar a mi mejor amiga para preguntarle si sabía dónde estaba Javi, y ella me había soltado de buenas a primeras que recién lo había dejado en MI despacho, después de proporcionarle una mamada de diez minutos. Lo dijo así: una mamada de diez minutos exactos en TU despacho. Y él le había correspondido con una buena comida de coño. También lo expresó con esas mismas palabras. Y volvió a añadir “en tu despacho”, como si se tratase de un triunfo personal.

Y yo me enteraba de esta manera de que mi novio me era infiel.

Ya, ya sé que tampoco es para tanto. Descubrir que los hombres suelen engañar a sus mujeres sería a estas alturas como embarcarse en un crucero a Nueva York y decir al llegar que has descubierto América. *Old news*, que dicen los yanquis. También dicen de un perdedor que es un *has-been*. Un “ha-sido”. Eso era Javi por lo que a mí respectaba. Un “ha-sido”.

-¡Hija de puta cabrona desgraciada!

Pero lo de ella no tenía nombre. ¡Mi socia y mejor amiga! A ella sí que jamás se lo perdonaría. Pedazo de guarra. Clara me las pagaría. La hundiría en la mierda de por vida.

Frente a mí, a través del cristal, una señora de unos cincuenta miraba amedrentada a su alrededor mientras su elegante can defecaba al pie de la escalera de la catedral, antes de decidirse a inclinarse con un diario en la mano para recoger los pedazos de excremento que el animal iba soltando alegremente. Su mirada vacilante tropezó con la mía. Empecé a sonreír y la mujer madura me miró con reprensión, como si la hubiera pillado en una falta que ningún ser vivo puede evitar. Seguí sonriendo cruelmente, hasta que la

señora decidió no agacharse a recoger la caquita de su perro, que, indiferente, seguía a lo suyo unos pasos más allá. Se alejó con su mascota tras lanzar a una papelera el diario no utilizado, con el alivio de quien no se ha rebajado a una acción vergonzosa e impropia de su clase.

Y entonces, como si de una reacción refleja se tratase, noté en mi interior la punzada de un excremento pidiendo permiso para salir por mi recto. Por la presión ejercida, la cosa no era inmediata, pero me pillaba en el peor sitio en el peor momento.

-Uh... Perdone, señorita...

Hasta que la frase no sonó por quinta vez, no me apercibí de que la señorita era yo. Aturdida, alcé la cabeza, sólo para darme un doloroso golpetazo con el techo de la cabina.

-¡Auh! –aullé.

-Señorita, por favor...

El dolor era reverberante y te provocaba esas ganas de devolverle el golpe al objeto que te lo ha proporcionado, como si se tratase de un ser vivo con mala intención. Me volví, tocándome la cabeza.

-¿Sí, qué?

Si hubiera prestado más atención, me habría sorprendido más ver a aquel tipejo de mediana edad y rostro indigno de interés, incrustado en una silla de ruedas, mirándome como si acabara de cometer un crimen capital.

-Acaba de destrozar el teléfono de una cabina que no le pertenece.

-Sí, ya ya, lo entiendo. Es un bien público, ya lo sé. Ha sido un arrebato, perdone. Pero ¿no ve que hay más cabinas que ésta? Váyase a otra.

-Ésta es la única que está especialmente concebida para personas minusválidas. ¿No se da cuenta de que no está destinada a gente como usted?

–pronunció “gente” como si yo no mereciera el epíteto “persona”, y “usted” como si me echase en cara el que mis piernas no colgaran exangües e inútiles como las suyas.

-Bueno, cielo, ya sabes lo que hay: las únicas cabinas que suelen estar vacías y FUNCIONAN siempre son las vuestras, porque por suerte no todo el mundo es parálítico. –Intenté romper el hielo y le sonreí con mi mejor sonrisa “*bitch-de-Wall-Street*”, pero al tipo no le impresionaban las tías buenas con traje de Carolina Herrera y piernas que andaban.

-Usted no tiene derecho a utilizar esta cabina –repitió desafiante el tipo, manteniendo su mirada acusatoria en mis ojos. Respiré hondo y saqué pecho, intentando distraerle con mis globos recién operados, sin éxito evidente.

“Cabrón amargado”, pensé. Y, pese a mí misma: “Seguro que la polla tampoco le responde”.

(Claro que eso no iba a decírselo.)

-¿Sabe que la podría denunciar?

(Aún no.)

Miré el mango del auricular que restaba amputado en mi mano. De buena gana se lo hubiera estampado en esa cara de culo, pero tenía otras cosas en qué pensar, y si aquel medio hombre jamás se había cruzado antes en mi camino, no había razón para que volviera a hacerlo. Así que solté el teléfono como un ratón muerto e intenté salir por un lado, evitando tocar la silla de ruedas, no fuera a engancharme con ella y romperme una de las medias.

-Si me permite... –mascullé haciendo un esfuerzo de autodominio–. Buenas tardes.

-Será zorra... -resopló él con amargura.

-Muérete, vegetal –le apuntillé en cuanto tuve vía libre, apresurando el paso.

-¡Anda, vete a cagar, puta! –gritó él, su boca supurando rabia y saliva.

Lo que no sabía el jodido inútil es que eso era precisamente lo que yo quería hacer, irme a cagar, porque por dentro sentía formarse un zurullo que poco a poco se estaba procurando un hueco en mi vientre, apremiando a mis tripas para que efectuaran un desalojo raudo.

Miré a mi alrededor. Estaba en pleno centro de la ciudad, el peor sitio para una emergencia. Frente a mí se alzaba la Catedral de Barcelona, pero no era un recinto muy adecuado para plantar mi gorda semilla. Di media vuelta. Un bar, necesitaba un bar.

Había uno a media manzana. Me moví hacia él repiqueteando talones.

Era un momento pésimo para ponerme a pensar en mi futuro. Tenía que romper con mi novio, claro, y probablemente también la sociedad que hasta ahora había formado con Clara y que tantos buenos dividendos nos había proporcionado en el campo de la terapia privada de alto standing. ¡Maldita zorra! Sabía que una psicóloga no debe jamás liarse con su paciente. ¡Y menos con el paciente de su mejor amiga! ¡Él era mío!

Pero pensar en ello sólo me creaba mayor ansiedad y urgencia en el bajo vientre, así que resolví intentar mantener esos demonios internos bien ocultos en el lado oscuro de mi mente, como me había enseñado mi mentor y amante ocasional, el célebre yogui Rahmir. Al menos durante estos minutos fisiológicamente críticos.

El bar se llamaba A las Barricadas y era un antro de mala muerte. Había acudido allí de copas hacía varios años –no recuerdo cuántos, siempre he tenido muy mala memoria para estas cosas–, cuando aún trabajaba en aquella cooperativa apestosa del mismo barrio. Hacía años –tampoco recuerdo la cantidad exacta– me había jurado que no volvería a ese sitio en mi vida, como a ninguno de mi... adolescencia. Pero ahora abrigaba un motivo de fuerza mayor.

Nada más entrar me asaltó un pensamiento horrible, junto al tufo de orujo y tabaco que nublaban el ambiente. Apenas había sitio para la barra, ocupada por un par de parroquianos jamados, y las cuatro mesas pequeñas.

-¿El lavabo, por favor?

-Ahí al fondo, esa puerta.

Tras la barra, un viejo con pinta de ex alcoholístico de un día me indicó el rincón y la puerta de madera vieja sobre la que se podía leer la inscripción “Escusado”, garabateada a tiza en el dintel. Tanteé el oxidado pomo, pero no cedió ni un milímetro. La puerta estaba trabada con un pestillo. Para pestillo, el que yo echaba.

-¿El de señoras? –aventuré, con un nudo en la garganta.

-No hay. Aquí somos todos iguales.

Uno de los parroquianos dejó escapar una risa cruel. Era su venganza por toda una vida sin despertar más que indiferencia en el sexo femenino.

Suspiré. Podía aguantar un minuto. Pero no sabía cuánto más. Mi interior bullía como una morcillada a fuego lento.

Lo peor era tener que esperar allí de pie, sin apenas espacio para andar. Pero a estas alturas, hasta andar me costaba. Notaba entre las nalgas ese objeto despreciable empujando las paredes de mi recto, y debía hacer un esfuerzo para mantenerlo retenido, apretando el ano sin miramientos y, por lo tanto, sin muchas posibilidades de separar alegremente las piernas o bailar un foxtrot.

Una versión minimalista (por mini y por mala) del *Himno a la alegría* salió de mi bolso. Eché una ojeada al móvil. Era Javi. No, ahora no. El peor momento para llamar. Si me irritaba más de lo que ya lo estaba, la mierda caería por su propio peso. Desconecté el móvil y contuve un resoplido. No podía dejarme ir.

Los vejetes, casi tan acabados como su ideología, me miraban con rictus divertido. Debía hacerles gracia ver sufrir a una pija de Pedralbes, triunfadora y atractiva, en un agujero como aquél. Déjales tener su minuto de gloria, pensé. Podían estar seguros de que no volvería a asomarme por allí para contemplar su decrepitud.

El minuto había pasado. Tras la puerta, podía adivinar movimientos pausados y suspiros de una persona mayor. La impaciencia me ganaba por momentos.

¡Pam, pam!

Golpeé en la puerta con la palma abierta.

-¡Eh, oiga! –grité, intentando no denotar histerismo en mi voz, pero sin conseguirlo–. Por favor, ¿puede darse prisa?

No hubo respuesta. Pasaron unos segundos sin reacción aparente en el interior. Silencio absoluto.

Esta vez golpeé más fuerte. Me hice daño con el anillo que Javi me había regalado. Miré el dedo y la piel levantada.

-¡Oiga! –mi grito retumbó en el pequeño bar, la voz adobada ya de mosqueo–.

¡Le he dicho que se dé prisa, llevo aquí mucho rato esperando y tengo que entrar!

Sólo me contestaron las risitas de los parroquianos. Volví a aporrear la puerta, ahora con el puño cerrado e imaginándome que los listones de madera eran las caras de aquellos viejos. Pero no podía golpear con toda mi energía, o la fuerza del impacto reverberaría contra mi vientre y éste expulsaría allí mismo el desagradable contenido tráfuga de mis tripas.

-No hace falta que se esfuerce –intervino por fin el dueño, entre divertido y solidario.

-¿Qué? ¿Cómo? –me giré hacia él y puse cara de damisela en apuros.

Siempre funcionaba–. ¿A qué se refiere? Necesito entrar en el servicio. ¿No tendrá otro de uso privado?

-No, ése es el único que hay. Y quien lo ocupa en estos momentos es Genaro. Más sonrisas de los viejos acompañaron la revelación de este nombre.

-¿Genaro? ¿Y qué le pasa a Genaro? –a estas alturas, cómo dejara el lavabo me importaba bastante poco. Ya estaba preparada para lidiar con un cuartucho sucio invadido de tufo de viejo.

-Bueno, pues que es inútil que se desgañite con la puerta, que por otro lado no tiene la culpa de nada.

Miré de nuevo la puerta y, como para contradecirle, solté una andanada de golpes sobre ella con ambas manos, gritando con toda la energía que me quedaba.

-¡Genarooooooooo! ¡¡¡Genaro, abre de una veeeeeeez!!!

-Genaro es sordo. No se va a enterar absolutamente de nada. Y además, se ha encerrado con el *Interviú* de la semana, o sea que tiene para rato.

No esperé a que terminara la frase. Salí disparada del bar, sabiendo que tenía que encontrar un sitio, apropiado o no, pero ya. ¿Y si me metía en el piso de alguien? Con mi apariencia, quizá no me costaría persuadir a un vecino para que me dejara usar su lavabo. Pero eso requería un tiempo del que yo ya no creía disponer.

¡El banco!, exclamé, no sé si también oralmente, alborozada por la idea. El banco de la plaza debía tener servicio propio. Era la sede principal de la Caixa de Catalunya, y lo suficientemente grande para encontrar en ella un cuarto de baño vacío. Eché a andar como un pistolero de las películas. Cada vez me costaba más apresurar el paso, y la barriga me dolía.

Ahora sí necesitaba distraer el pensamiento. Rahmir. Maldito hijodeputa, pensé. Se dedicaba a aprovecharse de las debilidades de los demás y les contaba cuentos sobre la energía de los dioses y otras payasadas sólo para tirarse a sus alumnas. Conmigo lo consiguió. No debía tener la conciencia muy tranquila, porque yo misma le traté durante una temporada larga de manía persecutoria. Se creía que sus discípulas le espiaban para vengarse de sus abusos psicológicos.

Pero la que ahora tenía manía persecutoria era yo. Con todos los individuos defectuosos de la ciudad.

Subí las escaleras. La falda retrepó hasta mis muslos, alegrando en exceso la vista de los viandantes, pero no estaba ahora para paños menores. Entré en el amplio *hall*. El aire acondicionado refrescó mi epidermis, aliviándome un poco aquella necesidad imperativa de aliviarme. Había muchos clientes haciendo

cola en la sala. Busqué un vigilante o alguien del *staff* que estuviera libre para indicarme dónde se hallaba el lavabo. Ya no podía aguantar mucho más. No había un vigilante a la vista. Repasé la hilera de escritorios. Descubrí uno extrañamente vacío ante un tipo con camisa blanca que permanecía de pie, de espaldas a la mesa, frente a una fotocopidora. Me dirigí hacia allí, literalmente, a toda mierda.

-¡Oye, perdona! –mi voz retumbó en el viejo edificio de piedra, pero la discreción era ya una virtud que me importaba muy poco–. ¡Oye!

El hombre, de apariencia joven a juzgar por su media melena castaña, no se volvió. Siguió haciendo fotocopias con exasperante parsimonia.

-¡Por favor, es una emergencia! ¡Tengo que ir al aseo ahora mismo! ¿Me puedes indicar simplemente dónde tenéis los servicios? Sólo eso. No molestaré más. Pero dime dónde está el lavabo aquí. ¿QUIERES MIRARME A LA CARA CUANDO TE HABLO, HIJO DE LA GRAN PUTA? ¿CUÁNTO DESGRAVA TU EMPRESA POR CONTRATARTE, PEDAZO DE SUBNORMAL?

Todos los clientes y empleados del banco se volvieron al unísono, y en sus rostros contraídos vi el asombro y el desprecio. Una niña de la cola prorrumpió en sollozos. Una joven empleada se levantó de uno de los escritorios y, con expresión indignada, se apresuró hasta donde permanecía ajeno mi segundo interlocutor sordo de la mañana.

-¿No le da vergüenza, señora? –me espetó con gesto de repugnancia, y a continuación cogió del brazo a su compañero con ademán tierno. Éste se volvió. Los brazos le temblaban y las lágrimas surgían de sus ojos a borbotones. Los folios cayeron de sus manos.

-Oh, no –susurré–. Lo-lo siento, yo...

El chico tenía, efectivamente, el síndrome de Down. Sus ojos y labios estaban hinchados por el déficit mental como los de un boxeador castigado por los golpes. Estaba claro que aquel día me habían tocado todos los tarados de la ciudad para mí solita.

-No crea que esto va a quedar así –continuó la joven–. Pienso denunciarla por crueldad verbal e intolerancia. Haga el favor de esperar mientras llamo a un vigilante.

Miré hacia un costado, constreñida en todos los sentidos. En ese momento, un vigilante salía de un pasillo lateral abrochándose los pantalones. Una señora de

la limpieza esperó pacientemente a que pasara y acto seguido acotó con una cadena la entrada, para a continuación ponerse a fregar el suelo junto a la señalización amarilla de "Piso mojado".

Ahora fui yo quien se puso a llorar.

La chica se detuvo frente al vigilante y me señaló con el dedo mientras le decía algo, probablemente algo muy malo.

-Yo sólo quiero cagar... –musité–. Todo es por culpa de Javi. ¿Por qué? ¿Por qué...?

Me fui corriendo de allí. No sabía adónde ir, no sabía a quién acudir, estaba sola y con el mayor problema simple al que un ser humano se puede enfrentar, mayor que el hecho de que la persona a la que amas te abandone o que tu mejor amiga te traicione: la necesidad de cagar.

Atravesé la plaza, mirando como loca a ambos lados en busca de un posible refugio donde descargar. No había ningún establecimiento a mano donde preguntar, ningún sitio oscuro donde acucillarme y entregarme a la mayor felicidad, la de vaciarte y desembarazarte de un aparte de ti que sobra, una parte ya vieja y muerta, como mi vida de quince minutos atrás.

Sin casi capacidad para la sorpresa, me descubrí corriendo en dirección a la catedral. Era el único edificio que quedaba en mi horizonte. Mi última esperanza. Sólo rezaba por encontrar un rinconcito, quizá dentro del confesionario, en el huequito de un retablo o detrás de una tumba. ¡Dios, por favor, Dios, Dios, Dios, nunca he creído en ti, pero esta vez es distinto, permíteme cagar en paz, sólo eso, permíteme echar fuera este truño que se me sale por entre las patas y me convertiré en la más fiel de tus creyentes!

¡Seré la más mansa de tus corderas! ¡Haré lo que tú quieras!

¡No volveré a cagarme en ti! ¡Te lo juro!

Venga, sólo faltan unos metros. Me apoyé en la pared, y enfilé a toda prisa la entrada. Alcé la mirada y comprobé que estuviera abierta. Suspiré entusiasmada. Sí, sí, la puerta está abierta. Con un poco de suerte, hasta conseguiré utilizar un retrete de verdad. Seguro que algún cura me deja. En estas circunstancias, seguro. O algún monaguillo. Los monaguillos no suelen ser subnormales. Yo no he visto ningún monaguillo subnormal. Y tampoco sordomudos, porque si no no podrían cantar en el coro. Ánimo, Rosana, que ya estás a punto de alcanzar la escalinata. De pronto, todos los vellos de mi

cuerpo (menos los del coño, y porque me los había rasurado) se pusieron de punta. Un mendigo que estaba sentado justo delante de la entrada de la catedral se había puesto de pie y bajaba las escalinatas, y venía a mi encuentro, a una velocidad insospechada, y ahora estaba frente a mí, apenas a dos metros, un hombre maduro, grande como un Goliat, con boina y gafas de sol, avanzando a paso rápido, siguiendo la misma pared que yo, pero en sentido contrario. Me detuve, paralizada de terror. ¿Gafas de sol? Y bastoncillo blanco. Y perro lazarillo. Dios mío, no me va a dar tiempo a hacerme a un lado, yo...

¡PAM!

El encontronazo fue espectacular. Su mole maciza impactó de lleno contra mi cuerpo Danone. Retrocedí varios pasos, mientras el ciego comenzaba a gritar como un descosido, lanzando asustados alaridos y moviendo arriba y abajo su bastón.

-Lo s-siento, yo...

-¿Quién eres? ¿Quién eres? ¡Maldita seas!

El ciego se sentía agredido y el topetazo le había pillado por sorpresa. Estaba más espantado que yo.

-Le he dicho que lo siento. Déjeme pasar, tengo prisa, yo...

-¡Y una mierda vas a pasar! ¿Quién te crees que eres? ¡Una mierda, eso es lo que eres! ¡Una puta mierda!

-¡Tú sí que eres un puto ciego de mierda, cabrón!

-¡Y a la mierda te vas a ir! ¡¡¡A la mierda!!!

El bastón silbó en el aire. Sentí su latigazo en una mejilla, primero, luego en la otra. Mi piel ardió. Encendida como mis pómulos, la furia me cegó (ya éramos dos), y sin saber bien lo que hacía, agarré uno de mis zapatos de tacón Manolo Blahnik y avancé con él en lo alto, lanzada a la carga como un oficial de los lanceros bengalíes que se ha quedado sin armas ni caballo pero por suerte es aficionado al travestismo. Al mismo tiempo, un grito de ira sacudió mis entrañas y rugió en mi garganta, manando a través de mí como el rencor de los siglos, como un alarido de rebeldía proferido por las mujeres de todo el mundo y condición, y me pareció que toda la mierda acumulada podía salir también por allí.

El tacón descendió con un golpe seco, atravesando limpiamente la lente derecha de sus gafas negras y metiéndose en la cuenca de su ojo. El tipo se quedó, además de ciego, mudo, como desconcertado, sin saber muy bien qué había pasado. Cegar a un ciego debe ser la acción más estúpida del mundo, casi tanto como cagarse delante de una catedral.

Dejé el tacón alojado allí y me desentendí de la expresión de estupor de su nuevo anfitrión. El eco del golpe en mi propio cuerpo me había aflojado las tripas. Sentí que la mierda bajaba de mi ano dilatado, desbordaba mis bragas Calvin Klein, salpicaba mis piernas y caía sobre el empedrado. Y tras ella, tras la mierda, caí yo.

¡Chof! Noté la mierda manchando mi vestido y mis manos: no era sólo mi mierda, era también la del can que había jñado allí mismo sólo unos minutos antes. La suya era de color mostaza, la mía más oscura. La suya era más dura. Pero no sólo noté eso: sí, también noté que aquél era realmente el sitio al que yo pertenecía. La risa me inundó, las carcajadas volaban de mi garganta, provocando en mi cuerpo espasmos que expulsaban más cagarrutas blandas de mi interior. Me sentía bien, me sentía en mi hábitat natural, y le di las gracias a aquella caterva de deficientes físicos y mentales que, con una sabiduría extrasensorial y cual conspiración divina, me habían señalado el camino. Y, asumida mi condición y naturaleza, hice lo que había hecho todos estos años en un plano figurativo. Me revolqué en la mierda.

Ahora, por fin, lo hacía de verdad.

Y me gustaba.

Hernanmigoya.com